



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9841

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

VIERNES 24 DE AGOSTO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTA Y JARDINES

Gran surtido en harramental agrícola

arados, espinos artificiales, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

EL INCRÉDULO.

El incrédulo es el hombre que arranca de su corazón sus más bellas ilusiones, y que conceptuándose como verdadero sabio y teórico humanista, desdella con suma indiferencia todos los consejos que se le dan; es el hombre que eclipsa con su fatua presunción los vívidos resplandores de la Luz increada; es, en una palabra, el hombre que jamás entró en escrúpulo ni en los bellos horizontes de la fé *homo nulla fides!* dejándose llevar de sus falsas y ridículas aprehensiones.

La facultad intelectual del incrédulo está sentenciada á vivir en la perpetuidad sin fin, sin recibir los refulgentes rayos de la luz que proceden de la verdad suprema y su corazón estará convertido en hielo como lo están las losas de los sepulcros, su corazón permanecerá intrasigente é inmóvil ante las persuasiones de provecho que en su seno depositen, porque en él perdió el vigor y lozanía la bella rosa de la esperanza que era el origen de sus nobles palpitaciones, y por lo tanto causa de su existencia.

Y por eso el hombre sin fé con ceptúa al sepulcro como el último recurso donde la desdicha lo arroja para que se confunda en el seno de la materia inerte, sin haber un más allá que le consuele ni le sirva de esperanza alguna. Así es que la permanencia de la misión del alma y del cuerpo del incrédulo, es tan triste y desoladora como el último sollozo de un agonizante, y aterradora como la impetuosa tempestad.

No le preguntéis si su espíritu guarda algún noble ideal; porque entonces os responderá con un ¡ay! tan triste como la soledad de un cementerio.

En la tierra todo se extinguió para el incrédulo, puesto que para él han desaparecido las más doradas ilusiones y las esperanzas más hermosas.

Podía ser dichoso si reflexionase detenidamente el estado en que se halla: pero para él ese mismo estado es su mayor júbilo y complacencia; podía ser dichoso, si á través de la intabilidad y confusión de las cosas humanas viese un eterno porvenir; pero para él no hay porvenir: en fin, podía ser dichoso si no negase á la verdad su corazón, pero para él es cuando más blando lo tiene.

¡Qué contraste se observa entre el incrédulo y el creyente católico! La vida del verdadero creyente se desliza suave y tranquila; es hermosa como la primer sonrisa de la aurora, como el beso amoroso de una madre y como el canto de un ángel del cielo. Pero la del incrédulo es tan triste como la postrera mirada de un moribundo.

Llega la hora fatal de espirar, y acaba el curso de su vida sin darse cuenta de sí mismo, y allí encuentran término inapelable sus vanas ilusiones.

¡Qué triste, áspera y solitaria es la vida del incrédulo!

Suspirando nace, suspirando vive y suspirando muere; pero este

postrer supiro del incrédulo se prolonga más allá del sepulcro y penetra en las regiones de una eternidad sin principio ni fin.

RAFAEL CASTAÑEDA JURADO.
Mondofredo 18 Agosto 94.

LAS MARINAS DE FRANCIA Y DE INGLATERRA

Acaban de terminar las grandes maniobras verificadas por la escuadra inglesa, y su resultado no ha debido producir un efecto agradable y satisfactorio en el Almirantazgo.

La opinión pública tampoco debe de estar muy satisfecha, por cuanto un periódico tan serio y bien informado como la *Pall Mall Gazette* se ha creído en la obligación de escribir un artículo titulado *Preparémonos también*, del cual traducimos los párrafos siguientes, en que se manifiesta el deseo del pueblo inglés de fomentar su Marina, á fin de que pueda hacer frente, en caso de guerra, á las de las potencias de Europa, y especialmente á la de Francia:

«Las maniobras navales están virtualmente terminadas, por más que continúan de un modo oficial, y su resultado habla por sí mismo. Las escuadras azules se han reunido y han derrotado á las rojas. Estas ocupaban la posición de la Gran Bretaña, en caso de guerra. Las escuadras azules representan la disposición de las fuerzas navales francesas. La lección que Inglaterra acaba de recibir es concluyente. Desde el momento mismo de romperse las hostilidades, la escuadra inglesa del Mediterráneo quedaría destruida.»

Los buques franceses llegarían á Gibraltar antes que ella, de igual modo que la flota C ha llegado á Belfast antes que la escuadra del almirante Fitzroy. A pesar de las advertencias de nuestros amigos del Continente; á pesar de las críticas inglesas, hemos quedado en la más peligrosa debilidad en el Mediterráneo. El Almirantazgo acaba de dar una lección al país. Pero... ¿será comprendida?

Las dos flotas azules se han unido en las aguas de Belfast, como se unirían en Gibraltar las escuadras del mar del Norte y del mar Central. Hubiera sido milagroso el evitarlo, y aunque nues-

tros buques estuvieran concentrados en Malta y dispuestos á zarpar, la distancia les impediría llegar antes que sus adversarios.

¿Por qué hemos de vacilar? ¿Acaso Francia nos pregunta lo que pensamos cuando concentra sus fuerzas navales en Tolón? ¿Por ventura Alemania no inunda Alsacia y Lorena de armas y soldados? ¿Los encierra acaso en Berlín por temor á herir las susceptibilidades francesas? En el caso más favorable, nuestra escuadra se vería en la precisión de huir delante de los buques franceses. ¡Qué espectáculo tan propio para atuniar á nuestra Armada! Ese sería un golpe mortal para nuestra Marina.

Se ha hecho otro descubrimiento más terrible todavía durante las maniobras navales; y es el de la insuficiencia numérica de nuestros marinos y de nuestros oficiales.

Nuestra fuerza movilizada hubiera sido absolutamente incapaz de luchar contra Francia y Rusia reunidas, á pesar de haber agotado nuestros depósitos y utilizado casi todos los elementos de guardacostas y reserva naval. ¿Dónde encontraremos, en tiempo de guerra, tripulaciones para nuestros treinta y cuatro acorazados, que están sin armar?

Las reservas no se hallan bastante ejercitadas para ponerlas en movimiento. Un corresponsal en la escuadra escribe:

«La mayor parte de las tripulaciones no sabe lo que es una máquina de vapor, y sus conocimientos en artillería son casi nulos.»

Fuera de los guardacostas que, en caso de guerra, se necesitarían para las señales, no tenemos reservas verdaderamente ejercitadas. Compárense esas reservas con los 69 000 hombres que la matrícula de mar proporciona á Francia, y se verá cuál es nuestra situación respecto de aquel país.

La insuficiencia del número ha fatigado mucho é inútilmente á los hombres y á los barcos. El *Conquerer* no podía seguir á la escuadra, y aunque anda 15 nudos, no desarrolla más que una velocidad de 12.

Lo que necesitamos es más oficiales y más marineros acostumbrados á las maniobras de los barcos modernos.

El *Andromaque* se ha quedado atrás,

porque el capitán Hart Dyke carecía de teniente para sustituirle; el *Conquerer* y el *Onise* tampoco tenían oficiales. El *Barfleur* tenía cien hombres de menos en su dotación.

Sería engañarnos á nosotros mismos ignominiosamente forjarnos la ilusión de que una escuadra montada de tal modo puede contar con probabilidades de triunfo en una guerra importante.

Es, por consecuencia, indispensable que aumentemos el número de hombres y sobre todo de oficiales, si queremos salir sanos y salvos de una prueba posible.

Muy hermoso es tener buques, pero es preciso tener hombres para gobernarlos y defenderlos.

¡Preparémonos también! Tal es el grito que las maniobras, por una parte, y la guerra de Oriente por otra hacen resonar en nuestros oídos.»

TIJERETAZOS

Tiene gracia, y aplicación en todas partes el siguiente caso que cuenta «La Unión Mercantil» de Málaga:

«Ayer mañana—dice el colega—iba por el pasillo de Sta. Isabel, muy temprano, un vendedor de leche, que llevaba los cántaros en un borrico.»

—Apartarse—le dijo á tres obreros que que interceptaban el paso. Y uno de ellos, contestó en broma dirigiéndose á sus compañeros:

—Dejad que pase el aguador.»

La cosa tiene gracia y verdad.

Porque ¿qué es un lechero sino un aguador que adultera las mercancías?

En Estepona un hermano le ha pegado una puñalada á otro.

Habría sido una puñalada fraternal. En ciertas familias el cariño se traduce en tiros y puñaladas.

¡Vaya sus efectos!

«La Correspondencia» ha publicado un artículo titulado «La verdad del cólera en Marsella».

Y resulta cierto que en la ciudad francesa existe el morbo.

Eso lo sabía todo el mundo.

De modo que nada nuevo enseña el artículo.

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 305

lla os nombra su escudero, y os dona seis mil maravedis en arras de vuestro enlace con la infanta doña Isabel de Granada, de cuyo dote nos encargamos.

Y señaló á Schamsul-Ilemal.

—Vos, don Diego Fernandez de Córdoba; conde de Cabra, decid al rey de Aragón mi señor, que mañana, despues de la misa, apadrinada por mí y por mi hijo el príncipe don Juan, será bautizada por nuestro contesor don fray Hernando de Talavera, la prometida del capitán Gaston de Vargas. Que Dios os guarde, caballeros.

Tras esto, el conde de Cabra y Gaston besaron la mano á la reina, y salieron, el joven loco de alegría, y el conde pensativo y conmovido.

El capitán montó á caballo, corrió su tienda, y solo allí con su pensamiento pasó una noche de insomnio y de delirio.

El conde de Cabra entró al par en la suya, despidió su servidumbre, y se puso á leer el pergamino escrito en árabe.

«Cristiano, decía; la sultana Aixa te ama aun, te vé en sus sueños y ruega á Allah por tí; la hija de la sultana está en el real de Santa Fé y ama á un capitán de tus reyes: conozco á ese joven, es noble, valiente, generoso y merece unirse á ella. ¡Que se

304 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Schamsul Ilemal había sido despojada de su túnica oriental, y sobre sus redondas formas se ajustaba un traje de terciopelo negro; las trenzas de sus cabellos habían sido deshechas, su peinado, semejante al de la reina, estaba cubierto por una toquilla de brocado con borlas de perlas y sobre su seno pudorosamente cubierto hasta el nacimiento de su cuello, prendía el precioso collar mágico de brillantes.

Parecía haber ganado la hermosura de la niña con aquel severo atavío; la blancura de su tez, realzada por el negro color de sus ropas, era imponderable, sus ojos relumbraban como luceros, y sus cabellos, rodeando en anchos pabellones su semblante, afrentaban el brillo del oro de su toca.

El conde de Cabra la contemplaba extasiado, y la reina estaba visiblemente conmovida.

Todos los circunstantes se levantaron como previendo un acaecimiento solemne, y la reina dijo en alta voz á los pajes que velaban en la puerta:

—Haced entrar al señor capitán Gaston de Vargas.

Instantáneamente el joven entró y dobló una rodilla ante la reina, conteniendo un grito de admiración, causado por el cambio operado en Schamsul Ilemal.

Esta estaba también conmovida y silenciosa.

—Alzad, capitán, le dijo Isabel, la reina de Casti-

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 301

—¡Oh! sois un cumplido caballero, Gastón, exclamó la reina, tenéis tiempo para arremeter en nuestro servicio como un rayo de muerte contra los infieles, para recoger presas reales en los palacios de nuestros enemigos y para robar á su amparo la más hermosa de las damas granadinas.

—¡Oh! sí, muy hermosa, dijo la princesa; ¿cuál es su nombre, capitán?

—Isabel, contestó en buen castellano Schamsul-Ilemal anticipándose á Gastón.

—¡Cristiana! observó la reina, ¡castellana tal vez! ¡oh! ven, ven niña, la dijo llevándola consigo hacia otro apartamiento de la tienda, y vos, capitán, id; yo me encargo de vuestra prisionera.

Inclinóse Gastón y Schamsul-Ilemal siguió á la reina, no sin cambiar con el joven una ardiente mirada de amor.

La princesa sorprendió aquella mirada.

—¿Os amais? dijo sonriendo y recatadamente á Gastón.

—¡Oh! señora, es mi porvenir, dijo el joven, y á su Alteza la reina y á vos, señora, confío mis esperanzas.

—Id descuidado, Gastón, dijo la princesa tendiéndole la mano.

Besóla el joven é iba á salir, cuando penetró en la tienda un caballero en la flor de su edad, de gra-